

## LOS ESTADOS UNIDOS: UN IMPERIALISMO ORIGINAL

En 1950, año del nacimiento de POLÍTICA INTERNACIONAL, apenas se había hecho nada importante, como demostración de la existencia, al fin, de una política exterior norteamericana real, práctica y coherente, que la puesta en marcha de la O. T. A. N. (Organización del Tratado del Atlántico Norte). No era el primer paso dado en una dirección por la que empezaba a marchar la nación resueltamente. Un acontecimiento altamente significativo había sido la dimisión, muy poco antes, de Henry Wallace, el republicano editor de una revista de consejos para el campesino, convertido en demócrata, como ministro de Comercio, en acto de abierta protesta por la actitud que había adoptado el presidente Truman, que de hecho suponía un cambio de rumbo, acaso la terminación, en la política de colaboración con la Unión Soviética, que parecía definirse hasta entonces como uno de los grandes objetivos de la política exterior de los Estados Unidos para la postguerra.

Esto encontró una fuerte confirmación poco más tarde, al anunciarse el comienzo de un programa de ayuda de los Estados Unidos a Grecia y Turquía, estimulado por el llamamiento un tanto angustioso del Gobierno de Londres, al declararse incapaz de sostener la política costosa de apoyo al Gobierno griego contra la acción persistente y debilitadora de las unidades guerrilleras comunistas. Allí nació la llamada Doctrina Truman, de contención del comunismo, durante años piedra angular de una política que hasta entonces apenas había encontrado otra expresión de unidad, consistencia y durabilidad que la Doctrina de Monroe.

De la misma naturaleza han sido otros acontecimientos de aquellos días que se pueden definir como de gestación, formulación y presentación de la política exterior de lo que posiblemente llegue a considerarse como el más original, hasta ahora, de los grandes imperios. El Plan Marshall, esbozado en un discurso de *commencement*—que no es de principio sino de termina-

ción—de curso en la Universidad de Harvard por el entonces secretario de Estado, general George C. Marshall, así ha sido considerado por los enemigos de los Estados Unidos, por Moscú, para empezar.

Para mejor ayuda de quienes pudiesen sentir la preocupación de comprender lo que estaba sucediendo, en este año, en que bajo la dirección norteamericana empezaba en serio un programa de organización militar defensiva de una gran parte de la Europa occidental, con el objetivo concreto y preciso de contener la amenaza que se había colocado a orillas del Danubio y el Elba, en este mismo año de 1950 se produjo la agresión contra la República de Corea (Corea del Sur). Fue un hecho de especial, acaso decisiva, importancia que ayudó grandemente a fijar no menos que definir posiciones que todavía parecían destinadas a columpiarse en un ambiente de indecisión, a menudo hasta de contradicción.

El ambiente, que había sido, en realidad, rasgo dominante de un país que había pretendido mantenerse dentro de sus fronteras elásticas, en estado de permanente fluidez y expansión durante la mayor parte de su historia, y para lo cual sólo podrían ser las *entangling alliances* complicaciones y engorros. Aunque no tardase, en realidad, en ponerse de manifiesto una tendencia acusada hacia la expansión mucho más allá de lo que podría ofrecer el inconfundible estado de movilidad de las fronteras continentales de las trece colonias británicas donde se fue gestando el mayor y más original de los imperios. La fuerza expansiva de aquel núcleo colonial se empezó a manifestar pronto en distintas direcciones: hacia el Sur con la compra de la Luisiana (con dinero obtenido en Europa, Francia en particular); la invasión de la Florida y de Méjico; por la costa del Pacífico arriba, una vez que se había llegado a ella, hasta alcanzar el Canadá y dejarlo atrás, con la compra de Alaska; por el lado opuesto, el de los Grandes Lagos y la costa del Atlántico, con el intento, ya en los días mismos en que se estaba ganando la guerra de la independencia, de conquistar lo que había de ser largamente una colonia británica.

Un poco más adelante, cuando se podía hablar de un país de dimensiones continentales y fronteras estables, en una gran parte con dos océanos como límites, y cuando se había formulado también la Doctrina de Monroe, un documento esencialmente imperialista, empezó a ponerse de manifiesto lo que durante años fue la nota fundamental y contradictoria de la política exterior norteamericana. Por un lado, la atracción irresistible de las recomendaciones de los *Founding fathers*, los padres de la joven nación, poco menos que

unánimes en el parecer de que los Estados Unidos deberían evitar a toda costa unas relaciones con el exterior, las políticas, de las que sólo podrían salir disgustos y complicaciones y quizá serios conflictos.

Por el otro, la atracción no menos irresistible de unas relaciones, las comerciales, con el exterior, que habían empezado a dar fruto en los días mismos de la vida colonial. La única manera que se había encontrado para compensar y contrarrestar un serio déficit en la balanza comercial de las trece colonias norteamericanas de la Gran Bretaña estaba en la importación, transformación y utilización de las melazas que empezaron a llegar, principalmente a puertos de Nueva Inglaterra, la parte comercialmente más desarrollada, primero de las Indias occidentales británicas y después de toda la región antillana.

De las melazas empezó a salir el ron, que «ayudó a engañar al indio, alegrar al pescador y esclavizar al negro». Las melazas importadas por Nueva Inglaterra, y transformadas en ron, echaron los cimientos para lo que se llamó el Comercio Triangular: exportación de ron al continente africano, importación de negros en el continente americano, incluidas las colonias británicas de la América del Norte, por supuesto, y obtención, al fin, de dinero en efectivo o letras de cambio con lo cual comprar más melazas y estimular el desarrollo de un comercio que acabó siendo motivo de seria preocupación para la Gran Bretaña. Acaso por resultar tan fabulosamente productivo. Los intentos de regulación y limitación, que empezaron en 1704, dieron pocos resultados prácticos, aparte una contribución seria al enfriamiento gradual de las relaciones entre las colonias y la metrópoli, que desembocó en la guerra de la independencia, ya en los comienzos de la última cuarta parte de aquel siglo.

Antes, mucho antes, de que se hubiese dado forma a la política del *Manifest Destiny*, de netas inconfundibles características expansivas, empezando precisamente por las rutas que siguió el comercio de las melazas, o que hubiese alcanzado un desarrollo acabado la política del aislacionismo, cuyas últimas resonancias acabaron confundiéndose con el estruendo de los bombardeos de la segunda guerra mundial—para dar de nuevo señales de una cierta tendencia al Renacimiento con el correr de los años—, ya estaba bien sentada la tradición de resistencia y lucha contra toda clase de intervenciones, monopolios y exclusivismos, que a la vez que podían ser causa de perjuicio para el derecho del norteamericano a moverse con entera libertad

y a comerciar con todo el mundo, eran característica inconfundible de lo peor y más censurable de los regímenes colonialistas e imperialistas.

La tradicional fórmula inglesa—y de otras potencias imperiales, por lo menos las anteriores o contemporáneas—de *trade follows the flag* sufrió una transformación e inversión totales en el nuevo y original ambiente de las trece colonias norteamericanas. Una tradición que vive todavía, por lo menos en la imaginación de muchos, de todos, prácticamente, los que aún se resisten a aceptar, aunque sólo fuese en hipótesis, que los Estados Unidos puedan ser una potencia imperial, cautivados como están por la idea de la oposición y hasta lucha contra toda clase de imperialismos y dominaciones.

¿Es que se puede olvidar fácilmente lo que ha sucedido, incluso en años tan recientes como los de la actual postguerra, cuando los Estados Unidos trabajaron directa o indirectamente por echar a Francia de Marruecos, Argelia y Túnez, para echar a la Gran Bretaña de Libia y, mucho más llamativamente de Egipto, así como de otras partes del Oriente Medio, para echar a Holanda de las Indias Orientales y, en fin, para echar a Bélgica del Congo? Todo esto apenas podría tener otra interpretación histórica que la continuación, ya altamente desarrollada, de la política cuyo punto de arranque está en el comercio de las melazas: que si algo sigue a algo es la bandera la que sigue al comercio, y no lo contrario, que ha sido lo tradicionalmente aceptado. Hasta el punto de que, a medida que se fue acercando el final del siglo pasado, Alemania empezó a tener la sensación tremendamente incómoda de que el reparto que se habían hecho entre sí las grandes potencias coloniales de la época le dejaba condenada para siempre al rango de pequeña potencia, sin materias primas para su industria, sin mercados para sus productos manufacturados, precisamente por no haberse dado cuenta a tiempo de la necesidad básica en que se encontraba de hacer que la bandera marchase por delante de las actividades comerciales.

\* \* \*

Se puede, sin embargo, llegar, en el desarrollo de políticas esencialmente contradictorias, al punto en que la imposición de la fuerza, de la violencia que va implícita en la idea de la bandera que precede al comercio se deje sentir de una manera total y absoluta como culminación de un proceso de expansión comercial o como la manera de asegurar que ese proceso no ha de tropezar con demasiadas dificultades. Los Estados Unidos no vacilaron

en el recurso a la amenaza de una intervención a cañonazos para sacar al Japón de un aislamiento de siglos, y cuando estimaron que la ocasión era propicia se lanzaron resueltamente a la expoliación descarada de los últimos restos del Imperio español ultramarino. No sólo por las Antillas, hacia donde había alcanzado una proyección histórica el propósito más bien que la aspiración de convertir en realidad las ambiciones expansivas de la teoría de destino manifiesto, sino incluso por el Pacífico, donde se encontraban las Filipinas y unos cuantos grupos de islas e islotes llamados a adquirir especial resonancia con el paso del tiempo.

El entusiasmo expansivo de un sector cada día más influyente y poderoso de la vida norteamericana estaba en evidencia antes de haberse tomado la decisión de ocupar Manila, porque hacía sólo poco tiempo que el comodoro Perry se había apoderado de las islas Bonin—para ser abandonadas después— y uno de los lugares más remotos del Pacífico, en los que se plantó, tampoco de manera permanente, la bandera de los Estados Unidos había sido Formosa. Con lo sucedido en Manila, al presidente de entonces de los Estados Unidos, William McKinley, se le plantearon problemas para los que de pronto no parecía que se les podría encontrar una solución humana. Por tener conspicuamente en evidencia calidades morales, religiosas e intelectuales, como él mismo advirtió en el curso de una reunión mantenida con un grupo de hermanos metodistas.

«Me encontré—explicó—paseando el piso de la Casa Blanca, noche tras noche, y no me da vergüenza decirles, caballeros, que caí de rodillas y oré al Dios todopoderoso más de una noche para pedirle luz y orientación. Una noche, ya muy tarde, me llegó de esta manera: no sé cómo fue, pero me vino... No nos quedaba otra cosa sino tomarlos a todos y educar a los filipinos, elevarlos y civilizarlos y cristianizarlos y, con la gracia de Dios, hacer todo lo mejor que pudiésemos por ellos como semejantes nuestros, por quienes Cristo había muerto. Después me fui a la cama, y me puse a dormir, y dormí profundamente.»

(En una reunión de hermanos metodistas no era cosa, evidentemente, de hablar de otros aspectos materiales y, por tanto, groseros, de la cuestión. Pero en alguna otra ocasión McKinley hizo clara demostración de que había algo por ese lado digno de ser tenido en cuenta, porque no podría «permanecer indiferente a la oportunidad comercial» que se había presentado. «Es justo—afirmó—usar todos los medios legítimos para el ensanchamiento del comercio norteamericano.»)

De estos tiempos en los que sobre los residuos del imperio colonial español se alzaron los primeros signos inconfundibles del imperialismo norteamericano, para terminar el proceso de hacer que la expansión comercial precediese al proceso del jalonamiento de posiciones genuinamente expansionistas, es la formulación, a cargo del almirante Alfred Thayer Mahan, de una política naval de rasgos inconfundiblemente imperialistas. Esta autoridad, que ocupó un puesto de mucho relieve en la Junta naval de estrategia durante la guerra de los Estados Unidos contra España, dejó sentado el principio, de tanta influencia para las potencias navales, no sólo para los Estados Unidos, de que los asuntos marítimos tienen necesariamente prioridad sobre los movimientos militares, políticos o económicos, aunque, como él mismo advirtió, sin «divorciarlos de un ambiente de causa y efecto en la historia general, pero tratando de demostrar cómo los modifican y cómo son a la vez modificados por ellos».

Ha habido, pues, algo más que balbuceos en la formulación y la expresión de una política imperialista norteamericana con anterioridad a los años que siguieron inmediatamente a la terminación de la segunda Guerra Mundial. Aunque se hubiese de esperar a entonces para que con la fuerza de las circunstancias, del Destino manifiesto y la ayuda de incalculable valor de alguna otra política imperialista antagónica, a la cual se sintió pronto en la necesidad apremiante de hacer frente, se sintiese la necesidad, de una manera u otra, de estimular el surgimiento y desarrollo rápido de una política que en la práctica habría de ser forzosamente de intervención e intromisión en los asuntos de otros países. De una política que, nacida o desarrollada al calor de circunstancias muy especiales, sólo podía tener al imperialismo como rasgo esencial y característico.

En fin de cuentas, si la necesidad de contener al comunismo parecía evidente y unánime—con la exclusión natural de la opinión comunista o simpatizante—, el deseo más bien que el propósito de impedir la progresión de lo que se había apoderado de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, etc., y una gran porción de Alemania también, en el caso de no poder forzarle a la aceptación de una política de *roll back* (retroceso) como la esbozada un poco más tarde por John Foster Dulles, parecía no menos evidente que el desarrollo y la aplicación práctica de una política como esa sólo podría tener realidad bajo dirección norteamericana. Y en las condiciones fijadas por esa dirección, muchas veces sin consultar y hasta sin tener en cuenta intereses o sentimientos que bien hubieran podido, de otro modo, jugar un papel de singular importancia.

A la sombra y al amparo de una necesidad que estaba ostentadamente—incluso escandalosamente—en evidencia, se estaba desarrollando y perfeccionando una política de la que ya no sería posible excluir del todo unos factores de imposición, incluso de opresión, a cuya existencia temprana hacían mucha sombra otras cosas más llamativas o más apremiantes.

Dentro, acaso con mucha mayor fuerza que fuera de los mismos Estados Unidos.

\* \* \*

Cuando los ejércitos norcoreanos se lanzaron a través del paralelo 39, que formaba la frontera provisional entre las dos porciones del país, que después de una larga existencia como colonia japonesa había sido sometido a un régimen de ocupación con los rusos como autoridad en una parte y los norteamericanos en la otra, el secretario de Estado, Dean Acheson, estaba completamente resuelto, en lo concerniente a la política de su país para el Lejano Oriente, a esperar, según su propia frase histórica, a que se posase el polvo levantado durante la guerra civil china, que había terminado, sólo un año antes, con la ocupación total comunista de la China continental. Esta situación, un poco anormal, no impidió que el presidente Truman tomase la decisión de acudir inmediatamente en auxilio de la República de Corea, con lo que dio lugar a la entrada otra vez en juego de las contradicciones que son rasgo característico, a veces dominante, de la política exterior norteamericana.

A tiempo que se daba rienda suelta a las fuerzas militares, las aéreas en particular, movilizadas inesperadamente para luchar contra la agresión norcoreana, y se dejaba al general Douglas MacArthur en libertad poco menos que absoluta para dirigir la marcha de las operaciones desde lo que más de una vez ha sido descrito como su capital proconsular, Tokio, se procedía a garantizar la independencia de la China nacionalista, con sede en Formosa, pero con la condición un poco extraña, al menos para ser expuesta en aquellos momentos y circunstancias, de encadenar—*leash*—al generalísimo Chiang Kai-chek, con miras a impedir que llegase a convertirse en un motivo innecesario de fricción en las relaciones, cualesquiera que fuesen o pudiesen ser—entre los Estados Unidos y el naciente régimen de Pekín.

Acaso fuese simplista la conclusión, por otro lado muy fácil, de que los Estados Unidos continuaban estando poco dispuestos, mientras existiese

la manera de evitarlo, a no tomar decisiones capaces de ser interpretadas como actos o bien de ruptura definitiva con la tradicional política aislacionista, o de afirmación resuelta de poner límite por lo menos a la política expansionista; es más, a la tendencia a ir cayendo, al fin, en las temidas alianzas comprometedoras. No son los Estados Unidos, por supuesto, el único país donde ha habido contradicciones de esta clase. Las ha habido y las hay, sin duda, en todas partes, aunque pocas veces—acaso ninguna—estuviesen tan llamativamente en evidencia en el caso de otras grandes potencias con intereses imperiales. Hay dos razones principales.

Una, la fuerza crecientemente irresistible de los intereses norteamericanos, privados mucho más que públicos, particulares mucho más que oficiales, que se han ido formando y acumulando en el desarrollo de una política eminentemente comercial. Esos intereses no sienten, se comprende fácilmente, la menor inclinación a compartir inquietudes, preocupaciones y proyectos con los demás. Como no sea, es decir, el Gobierno de los Estados Unidos, al que se considera siempre que está en todo momento en la obligación de acudir en ayuda de cualquier norteamericano que de fronteras afuera pudiera sentir la necesidad de ella.

Naturalmente, una cosa es acudir a un punto en defensa de unos intereses ya formados y otra muy distinta proyectar el desarrollo de una operación de ocupación y conquista de un territorio con miras a convertirlo en una parcela del mundo dedicada principal y exclusivamente al servicio de unos intereses imperiales todavía inexistentes.

La otra está en el carácter tan especial—tan original incluso—de lo que se ha dado en llamar, más de una vez sin comprenderlo bien, el *American System*.

El sistema norteamericano, ¿qué es?

\* \* \*

Así, a primera vista, la respuesta es de una encantadora y atractiva sencillez. El panorama político norteamericano, siempre bajo la influencia directa de conocidos y aceptados principios constitucionales, está dominado por un partido mayoritario y otro que, si en un momento dado no puede serlo sí ha solido tener una intervención regularmente muy activa y con frecuencia de una gran eficacia también dentro de una forma de gobierno en la que se ha pretendido establecer—sin conseguirlo—un equilibrio casi

completo entre tres poderes básicos: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Todo esto se halla constitucionalmente unido, a la vez que separado, por un intrincado mecanismo que establece una original distribución de poderes, se deja llevar por un sistema de *check and balances* (frenos y contrapesos) altamente desarrollado y termina, como a la larga había de ser inevitable, en el *compromise*, acaso la mayor y más prometedor demostración de genio político hecha por los fundadores de este sistema que fue saliendo gradualmente del contacto de la teoría constitucional con la experiencia práctica de la vida nacional día a día.

Pero cuando se ha dicho todo lo mucho que hay que decir en favor de un sistema que ha venido haciendo una demostración actual y eficaz de lo que tiene de satisfactorio a lo largo de tantos años, que ya les falta poco para redondear los dos siglos, se siente, casi inevitablemente también, la sensación de que hay algo más en todo ello. Acaso mucho más.

Sin que nos sea posible hacer otra cosa que una breve alusión a ello, nunca se debería perder de vista el desarrollo tan especial que para un observador europeo ha tenido el panorama político norteamericano. Los dos grandes partidos de turno, el demócrata y el republicano, no sólo se tocan y entrelazan, sino que casi se confunden en muchos puntos a lo largo de un escenario de vastas y muy variadas dimensiones y composición, hasta el punto de hacer difícil unas definiciones rigurosas. Y la mayor novedad de todas, solo en el ambiente local y estatal tiene una vida regular y activa. Aparte reuniones y conferencias de comisiones y grupos legislativos o de gobernadores, con lo cual es posible a veces crear la sensación de una cierta continuidad nacional, el hecho histórico más característico de la vida política de los Estados Unidos es que esos dos grandes partidos nacen o renacen nacionalmente solo una vez cada cuatro años, el año de las elecciones presidenciales.

Otra característica llamativa—hay más—es la aparente facilidad con que se producen desplazamientos importantes, en ocasiones en masa, de los afiliados de un partido en apoyo de los candidatos del partido contrario, algunos por lo menos, como se ha dado con tanta frecuencia en California, donde un censo electoral en el que el Partido Demócrata saca una ventaja de tres a dos al partido republicano, asegurando a veces el triunfo resonante de candidatos republicanos, como cuando Earl Warren, el actual presidente del Tribunal Supremo, se presentó a gobernador, o como en el caso del gobernador actual, el ex actor de cine Donald Reagan. Esto hace

posible llegar a esta conclusión: que no existe disciplina política, en cualquier caso desde un punto de vista nacional y, en ocasiones, tampoco desde un punto de vista estatal; hay Estados en los que la ley permite incluso a los ciudadanos registrados oficialmente como miembros de un partido la participación en las elecciones primarias del partido contrario destinadas a la designación de candidatos a cargos de elección, un asunto de la competencia exclusiva de un partido determinado. O, en caso contrario, que no hay, en realidad, una verdadera tradición política en el país. Quizá se pudiera llegar incluso a sospechar en la inexistencia, a grandes rasgos nacionales, de una auténtica conciencia política.

\* \* \*

Se ha dicho, y luego repetido muchas veces, que *the business of the United States is business*, para lo cual no existe otra traducción que ésta: El asunto de los Estados Unidos son los negocios.

El panorama norteamericano ha tenido abiertas desde el primer momento grandes, extraordinarias posibilidades para el desarrollo de los negocios, para la dedicación a las actividades económicas, con preferencia a todo lo demás y en condiciones generalmente tentadoras, cualesquiera que las consecuencias pudiesen ser, en definitiva. Habiéndose llegado en fecha muy temprana—y mucho antes de la independencia—, y aunque sólo fuese en el subconsciente, a la decisión de que en las anchas tierras que se encontraban al oeste de una frontera imprecisa y fluctuante no se podría continuar ofreciendo hospitalidad al indígena, sólo sería posible una conclusión: el inmenso vacío que de este modo se abría ante las primeras generaciones de colonizadores y sus descendientes podría ser aprovechado y explotado únicamente en beneficio de unos recursos humanos y materiales de inmigración e importación.

Entre 1820, cuando la población de los Estados Unidos pasaba algo de los siete millones de habitantes, y 1910, cuando era de casi 92 millones, la inmigración total subió a casi 30 millones. El ritmo de crecimiento de la inmigración fue particularmente rápido a fines del siglo pasado y en las dos primeras décadas del actual (al cabo de las cuales se vio afectado de manera sumamente desfavorable para severas leyes de inmigración), acabó alcanzando un total de casi 15 millones, no mucho menos—en algunos casos más—del millón de inmigrantes al año.

Pocas veces la crónica de los acontecimientos humanos habrá tenido ocasión de dejar constancia de algo parecido, en volumen y significación. Si por un lado es una invitación constante, irresistible, a caer del lado de lo sentimental, como Emma Lazarus al preparar el soneto grabado en una placa colocada en el interior del pedestal de la Estatua de la Libertad en que, después de una imprecación a las «tierras antiguas» se les pide: «Dadme vuestros cansados, vuestros pobres, / vuestras masas amontonadas y anhelantes de respirar con libertad, / los deshechos miserables de vuestras superpobladas orillas. / Enviadme a éstos, los sin hogar, abatidos por la tormenta, / alzo [para ellos] mi lámpara al lado de las puertas de oro»; es, por otro, la tentación permanente a pensar en la influencia que sobre el panorama nacional norteamericano ha podido tener la repetición y reiteración de actos de violencia, de terribles persecuciones, de horribles matanzas, incluso, de que fueron víctimas infortunadas masas de inmigrantes, como lo habían sido antes los aborígenes, y lo habían sido y siguieron siendo los negros introducidos en el país para vivir en un régimen de esclavitud que no se podría decir que ha concluido todavía de una manera total y definitiva. Muchos, millones de esos inmigrantes, hicieron entrada en el país de la libertad sometidos por contrato a condiciones de servidumbre.

Toda esta vasta corriente inmigratoria era parte también del sistema norteamericano, que ha tenido—sigue teniendo, de hecho—como rasgo fundamental el negocio. Era con frecuencia, a menudo exclusivamente, factor principal el mantenimiento y desarrollo de una vida económica en la que se contaba con la tentación de unos recursos poco menos que ilimitados—una de las causas básicas del carácter increíblemente derrochador que ha tenido desde el principio el crecimiento industrial de la nación—y con la perspectiva siempre inquietante de no disponer de más garantía de contar con una mano de obra indispensable, cuando no abundante, más que en la inmigración. Porque para el norteamericano, desde la primera generación en adelante, podía llegar a ser irresistible la tentación de emigrar hacia el Oeste, con la cabeza llena de sueños de libertad y de negocios, en las manos la escopeta y en el carro la barrica de ron.

Nunca, es posible, en cualquier caso en esa escala, se había dado una situación parecida. Como nunca, en realidad, se había tropezado con un clima tan favorable al desarrollo de los negocios. Siempre, es decir, que se encontrasen los recursos indispensables para ello, con tendencia a ir subiendo a medida que se iba ensanchando el horizonte de una vida nacional en estado

de permanente fluidez. Muchos de los recursos materiales, de los capitales, necesarios para montar fábricas, abrir minas, construir astilleros y, muy especialmente, tender los caminos de hierro que en cosa de unos años atravesaron el continente en varias direcciones, a pesar de existir cientos y hasta miles de kilómetros inhabitados, vacíos, sin otra perspectiva inmediata que la de hacer subir fabulosamente los presupuestos de construcción. Para llenar con ellos en el panorama internacional un papel parecido al que el comercio fue llenando en el internacional, al crear en un caso condiciones favorables a la explotación de los recursos naturales y dar mayor impulso a una actividad económica siempre con tendencia a ir subiendo y en el otro un ambiente favorablemente predispuesto a una expansión que acabó teniendo rasgos inconfundiblemente imperialistas.

Todo esto es parte fundamental del sistema norteamericano, proyectado y desarrollado con características idénticas más bien que similares, en cualquier caso en los comienzos, tanto por el interior como hacia el exterior. El norteamericano, que nunca pudo comprender cómo el indígena—o el emigrante o el negro—podría ser no ya un obstáculo, sino una posible dificultad para el desarrollo de sus planes, sigue sin comprender cómo en Guatemala pueden darse intentos de regulación de *Mama Uni* (la *United Fruit Company*), o en Chile de los poderosos intereses mineros.

En su *The Rise of American Civilization*, una obra digna de figurar entre las mejores de su género, ayuda de inapreciable valor para conocer y comprender una situación o una época, Charles A. Beard y su esposa recogen la observación hecha a fines del siglo pasado por uno de esos personajes que hoy consideraríamos como miembros del *Establishment* por derecho propio, Frederick Townsend Martin. Dijo, «con encantadora franqueza», según estos historiadores:

«La clase que yo represento no tiene preocupación alguna por la política... Entre mi gente raras veces oigo discusiones puramente políticas. Cuando discutimos en favor y en contra de los méritos relativos de los candidatos o la importancia relativa de los programas políticos, la discusión desemboca casi invariablemente en una cuestión de eficacia para los negocios. No nos importan absolutamente nada los proyectos de ley sobre los derechos estatales, la agitación sobre las pensiones, los presupuestos de vía fluviales o cualquier otra cuestión política, salvo en el caso de que amenace o fortalezca las condiciones actuales. Toque usted, sin embargo, la cuestión de los derechos de aduanas, toque el asunto de los impuestos sobre los ingresos, toque el

problema de la regulación de los ferrocarriles; o toque el más vital de todos los temas de negocios, la cuestión de una regulación federal general de las corporaciones industriales y la gente entre quienes yo vivo se transforma al instante en militantes fanáticos. Nos importa un comino qué partido político esté en el poder o qué presidente tenga en las manos las riendas del cargo. No somos políticos ni pensadores públicos; somos los ricos, somos los propietarios de América (los Estados Unidos); nos hemos hecho con ella Dios sabe cómo, pero tenemos el propósito de quedarnos con ella, si es posible, al echar de ese lado todo el peso tremendo de nuestro apoyo, nuestra influencia, nuestro dinero, nuestros contactos políticos, nuestros senadores comprados, nuestros representantes hambrientos, nuestros demagogos encaramados en las tribunas públicas [para pesar], en la escala contra cualquier cámara legislativa, cualquier programa político, cualquier campaña presidencial que amenace la integridad de nuestro Estado... La clase que yo represento no tiene el menor interés por la política. En una misma y única temporada, un dirigente plutócrata arrojó su influencia y su dinero en la escala para elegir a un gobernador republicano en la costa del Pacífico y a un gobernador demócrata en la costa del Atlántico.»

Si después de esto aún pudiese quedar el asomo de la duda en alguna mente sencilla, se podría recoger uno de los miles de testimonios que han ayudado a comprender un poco mejor el sistema norteamericano. Durante una investigación senatorial sobre el *trust* del azúcar, en los días en que estaba de moda agitar sobre estas cosas, su portavoz confirmó pública y abiertamente que su dinero estaba a disposición de ambos partidos para ser concedido sin prejuicios de ninguna clase. «La *American Sugar Refining Company*—añadió—no tiene política alguna... Su única política son los negocios.»

Unos lustros más tarde, ya en el año de 1934, el general Smedley D. Butler, uno de esos espíritus encantadores cuya actitud candorosa ha facilitado tanto la labor de investigación sobre aspectos variados de la vida norteamericana, la oficial y la privada, se encontraba diciendo: «Durante treinta y tres años y cuatro meses fui agente activo de la mayor organización para el cobro de deudas del mundo: el Cuerpo de la Infantería de Marina de los Estados Unidos... Cada año, los *marines* solían emprender la marcha hacia la América del Sur o Central para el cobro de una deuda.»

\* \* \*

Con todos sus altos y bajos, crisis económicas y explosiones de prosperidad, amagos de expansión y recaídas en un aislacionismo exagerado, ha habido siempre la insinuación de lo maravilloso—en ocasiones portentoso—en el juego de las instituciones constitucionales básicas de los Estados Unidos, la primera nación en proclamar oficialmente que los gobernantes sólo pueden gobernar con el consentimiento de los gobernados. De ese juego han salido una y otra vez decisiones que han representado un gran triunfo para la política del *compromise*. Pero siempre que no se viese afectado, en lo esencial, un aspecto importante—fundamental—de la vida de la nación: aquel que afectaba, y sigue afectando, a la materia y la esencia de la propiedad privada y todo lo que con ella pudiese guardar alguna relación, incluso indirecta. Aunque hubiese sido directa con bastante frecuencia.

Ya en la Declaración de Independencia, y cuando apenas se había dejado atrás una breve introducción, se afirma, con el lenguaje característico de la época: «Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, que entre éstos están la Vida, la Libertad y la busca de la felicidad.» Esto último, en un ambiente como aquel de los días coloniales, apenas podría tener sentido más que como afirmación del derecho a la propiedad privada y el derecho más amplio posible a disfrutar de ella. En la larga lista de recriminaciones, quejas y acusaciones que se hicieron contra la potencia colonizadora, los ataques directos o indirectos a la propiedad de los habitantes de las colonias británicas de la América del Norte ocupan posiciones ciertamente llamativas.

El concepto de la propiedad privada en aquellas colonias primero, en los Estados Unidos a continuación, arranca directamente del sistema que prevalecía en Inglaterra cuando esas colonias fueron creadas, que a su vez había sido el resultado de un proceso evolutivo cuyos comienzos más remotos estaban en la teoría de que la propiedad de la tierra es del rey, establecida por Guillermo el Conquistador, quien la distribuyó entre los nobles para ser parcelada a continuación por éstos entre los villanos encargados de su cultivo. Estos derechos se fueron limitando y reduciendo gradualmente hasta desembocar en lo que se llamó *socage* (ocupación de la tierra por prestación de trabajo, pero ya sin la obligación de prestar también servicio militar) «libre y común», lo que de hecho podría considerarse como la extensión a los villanos de la propiedad absoluta de la tierra.

Cuando en 1913 se publicó *La interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*, su autor, el profesor Charles A. Beard, se vio convertido al instante en una de las personalidades intelectuales más famosas —más discutidas también, no menos que más admiradas— de una panorama en el que habían perdido lustre muchas cosas tenidas largamente por principios incommovibles de la vida de una nación dedicada a la libertad, la independencia, unos conceptos vagamente igualitarios y la idealización permanente del *frontier man* y el campesino, que llegó a estar simbolizado e idealizado por el hombre que hacía un alto en la fatigosa tarea de ir abriendo surcos, para sentarse a descansar en la vara del arado y sacar de un bolsillo interior del chaleco a Homero para leer mientras tanto unos cuantos párrafos en el idioma original.

De una nueva lectura e interpretación, sobre todo, de los documentos de la época fue saliendo una versión de la vida norteamericana que no guardaba semejanza alguna con la muy ennoblecida que se había ido formando y consolidando a lo largo de anteriores generaciones. Para acabar cayendo, quizá, en el otro extremo, el que alcanzó un punto, acaso hasta ahora culminante, en los años en que este libro del profesor Beard se vio convertido—seguramente con razón—en una de las obras fundamentales y más populares también de toda la bibliografía norteamericana. Difícilmente se podría pensar en otra obra que hubiese tenido tanta influencia en toda una generación norteamericana, la de los años veinte, a su manera también un poco extraordinarios, que siguieron a la primera guerra mundial. A uno de los acontecimientos más decisivos en la vida de los Estados Unidos, porque cualquiera que sea la razón que hubiese asistido a Norman Angell para llegar a la conclusión, vigorosamente documentada, de que en las guerras siempre se acaba perdiendo, es un hecho incontrovertible que Norteamérica salió como acreedora de una guerra en la que había entrado como deudora en gran escala. La independencia económica y financiera de los Estados Unidos, convertida de hecho, en los comienzos por lo menos, de la dependencia económica y financiera de otros países, para empezar todos los aliados victoriosos de los Estados Unidos en aquella guerra y todos los que de ella salieron derrotados, además, entre los cuales figuraban las primeras potencias económicas y financieras del mundo hasta hacía unos pocos años, anunció el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales, la era en que se fue afirmando y acentuando el mucho, a veces irresistible, poder que había acabado por salir de unas condiciones en que pudo haber tanto caos como explotación desordenada y alta-

mente derrochadora de unos recursos que pudieron parecer ilimitados y que, en algunos casos, todavía parecen serlo.

Con frecuencia, las condiciones naturales habían sido francamente favorables. Y el juego poco menos que irrestringido de los derechos y privilegios de la propiedad privada lo mismo permitían iniciar una explotación de carbón o de mineral de hierro, abriendo paso con excavadoras hasta los filones para proceder a la carga directa del combustible o el mineral en los vagones de ferrocarril, que el recurso a una milicia privada, uniformada y armada, para asegurar el mantenimiento de la paz y el orden en un ambiente donde el radicalismo y la violencia formaban con frecuencia una combinación altamente explosiva.

El sistema tenía sus fallos, sin embargo. Las posibilidades de un mercado de dimensiones continentales, pero con un reducido índice de consumidores hasta unos tiempos relativamente recientes, solía alcanzar pronto un nivel de saturación. Faltaban elementos, sin duda, para llegar a lo que empezó a ser realidad en los años entre las dos guerras, con los comienzos del sistema de producción en cadena que hizo famoso el nombre de Henry Ford y que, al menos durante un cierto tiempo, produjo la sensación de que jamás se alcanzaría el punto de satisfacción de las necesidades de un mercado de consumo también en vías de constante y acelerado crecimiento. Con la ayuda de tres factores básicos: la población, ya muy alta y en estado de rápido crecimiento; el atractivo de los nuevos productos industriales, tanto desde el punto de vista de la conveniencia como de los precios, y la entrada en acción de algo radicalmente nuevo: las ventas a plazos.

Antes de llegar a esto se había pasado—se continuó también pasando después, aunque en forma considerablemente modificada y en ocasiones muy ampliada también—por el fenómeno tan peculiar y característico de la vida norteamericana (y de otros países, especialmente a partir de la Revolución Industrial) como los ciclos de prosperidad y depresión, para los que hubo de encontrarse un puesto de especial relieve en los libros de texto sobre cuestiones económicas.

Fatal, inevitablemente, a la prosperidad, que iba saliendo de un período de mucha y creciente actividad económica, seguía un período de depresión y de crisis en el que todo iba perdiendo impulso y en el que se acaban dando condiciones que ensanchaban y abordaban las dimensiones reales de un régimen de propiedad que en el orden industrial tenía traducción llamativa en la formación y desarrollo de los grandes, en ocasiones gigantescos, *trusts* y mono-

polios. Entre los años de 1817 y 1929 ha habido catorce grandes depresiones económicas en los Estados Unidos. (La más grande de todas fue la última, de una duración que llegó a parecer permanente y que se fue desvaneciendo, al fin, en el ambiente de especial actividad industrial creado por la segunda guerra mundial.)

Entre 1817 y 1857, ambos inclusive, se produjo una de estas depresiones cada diez años exactamente. Esta regularidad se interrumpió a causa de la Guerra de Secesión. La nueva depresión se produjo en 1871, para caerse de nuevo en la regularidad de antes, con una más en 1873, otra en 1883, que se repitió en 1893 y en 1903, cuando todavía era muy joven el siglo xx. De nuevo se produce un fallo y algo mucho más incómodo, un aceleramiento también en la sucesión de estos ciclos, considerados ya como una característica dominante de la sociedad industrial. Mil novecientos siete fue también un año de depresión, como 1914, y, situación ya singularmente llamativa, el año de 1921, cuando todavía era general la impresión de que una Gran Guerra y las condiciones especiales que de ella habían salido hacían pensar en un largo período en el que la demanda hubiese de estar necesariamente muy por encima de la producción.

A la crisis de 1921 siguió la de 1924 y cinco años más tarde vino el *crack* de *Wall Street*, un acontecimiento que dislocó por completo la muy poca estabilidad del sistema económico salido de la primera guerra mundial (Las depresiones o recesiones, amagos nada más del retorno a una situación que no ha vuelto a darse todavía en el panorama económico y comercial norteamericano, que se produjeron después de la Segunda Guerra—tres con Eisenhower en la Casa Blanca—, pueden ser consideradas como poco más que tentativas de reajuste en las condiciones de «recalentamiento» de una actividad industrial con tendencia a colocarse incluso por encima de su propia capacidad de producción, dando lugar con ello a la presencia de ciertos elementos de inestabilidad. En ningún momento, sin embargo, llegó a producirse la crisis económica anticipada por Stalin y sus consejeros—con una notable excepción, la de Varga, que pagó por la herejía el alto precio del ostracismo—y en la que descansaban los planes para entrar en la fase de un vigoroso avance de la economía revolucionaria del comunismo por la Europa Occidental).

De esta última gran depresión económica salieron directamente unas condiciones, las del *New Capitalism*, que fue rasgo dominante, aunque generalmente ignorado por muchos, de aquel *Nuevo trato* que Franklin Delano Roo-

sewelt buscó para el norteamericano medio, el *common man*, de cuya existencia sólo entonces parecía darse cuenta una potencia que se estaba preparando, aunque fuese inconscientemente, para asumir una función rectora —y dominadora— en una gran parte del mundo. Sin una situación económica y financiera asentada sobre bases mucho más firmes que todo lo que se había conocido hasta entonces, en cualquier caso en los Estados Unidos. Sin tener esto en cuenta nunca resultaría fácil comprender tanto el fabuloso crecimiento del poder norteamericano, que acabó desbordándose en todas las direcciones a la terminación de la segunda guerra mundial, como esa actitud que todavía persiste en considerar a los Estados Unidos mucho menos como potencia imperial que como enemigo de los imperialismos. Pero la realidad de la situación es que, en cualquier caso, y aceptando incluso los juicios más favorables, los Estados Unidos «son la única nación en la historia que ha alcanzado una posición de gran potencia sin haberlo buscado», como explicó hace poco Sargent Shriver, actual embajador norteamericano en París.

\* \* \*

Después de ser el factor realmente decisivo en la derrota del Tercer Reich, los Estados Unidos se vieron convertidos también en el factor decisivo en la vida de la postguerra por todo el mundo que no había caído o no estaba en vías de caer dentro de la órbita comunista. En el caso de los Estados Unidos, la economía ha solido marchar siempre por delante de la política, de fronteras adentro y, por consiguiente, de fronteras afuera. De esta situación han salido dos conclusiones importantes: una actitud, casi un principio de conciencia animado por enraizados sentimientos morales, incluso religiosos, de oposición y hasta de lucha contra las situaciones de privilegio capaces de influir desfavorablemente sobre el deseo o la necesidad del norteamericano de comerciar con todos y el respeto—en caso necesario la protección también—de su derecho a la propiedad privada dondequiera que pudiese encontrarse. Y la necesidad, en fin, de oponerse y buscar la terminación de las situaciones de privilegio que habían ido saliendo del colonialismo y el imperialismo tradicionales.

Antes de que los Estados Unidos hubiesen salido de la segunda guerra mundial ya estaban empeñados en una lucha, tan sorda como agria, por la abolición de ciertos privilegios franceses en Marruecos, todavía protectorado suyo, tomando como punto de partida y argumento inicial un tratado negociado

con mucha anterioridad a la entrada de la influencia francesa en Marruecos. Y el apoyo decidido, al fin irresistible, a Indonesia en su lucha por la independencia es algo a lo que se ha aludido ya y es bastante conocido para justificar una mayor atención en este lugar. De hecho y hasta tiempos recientes, en los que parece haberse introducido un poco subrepticamente un cierto elemento de cambio que, de no ser puramente circunstancial y transitorio habría de ser altamente significativo, los Estados Unidos han luchado o presionado, directa o indirectamente, contra cualquier posición de privilegio exclusivismo que no fuese la suya propia. Y como se estaba en pleno desarrollo de un movimiento de apertura amplia de los mercados del mundo a la presencia norteamericana, apenas se podría hablar de otros privilegios de los Estados Unidos que los salidos de unas circunstancias especiales, mucho más económicas que políticas.

Con el seis por ciento, aproximadamente, de la población mundial, los Estados Unidos no sólo producen alrededor de la mitad de los artículos industriales del mundo no comunista y ocupan una posición de preeminencia hasta ahora desconocida en las actividades comerciales, sino que en el caso de muchas materias primas la cuarta parte, a veces la tercera y en algunos casos hasta la mitad de las riquezas naturales de los países no comunistas en vías de explotación.

Se comprende que un estado de cosas así ejerza una atracción poderosa, incluso en tierras donde apenas se podría hablar de una influencia política norteamericana real. Cuando la Arabia Saudita—o su monarca—acabó inclinándose decididamente del lado de los intereses norteamericanos, que buscaban participar en la prospección y explotación de los recursos petrolíferos, se quebró una antigua tradición: la de dar preferencia absoluta a los intereses británicos, con una influencia imperial sobre toda la región, no sólo la Arabia Saudita, que parecía haber llegado a ser absoluta. Pero la negociación con los norteamericanos resultaba más fácil y cautivadora por tratarse de agentes que no hablaban, ni pensaban siquiera, de política. Para ellos no había más que negocios, como bien hemos visto que ha sido nota dominante de la vida norteamericana a lo largo de casi dos siglos de historia.

Y como se trataba simplemente de una cuestión de negocios, resultó relativamente fácil ir estableciendo posiciones y creando intereses que acabaron, sin que pasase mucho tiempo, haciendo insostenible la posición de la Gran Bretaña.

Por unas razones o por otras, y por la conjunción de varias a la vez, en la mayoría de los casos los Estados Unidos fueron adelantando con decisión avasalladora unas posiciones que sólo podrían ser, en definitiva, imperialistas, cualquiera que fuese el propósito—o ausencia de propósito—original. Una de estas fuerzas fue la continuación y multiplicación de la política que fue saliendo de la segunda guerra mundial, empezando por la ayuda a Inglaterra a cambio de bases y continuando adelante con el Préstamo y Arriendo, esencialmente de ayuda con fines militares, y de la ayuda que al fin se empezó a prestar, bajo los auspicios de la U. N. R. R. A.—Agencia de las Naciones Unidas para la Reconstrucción y la Rehabilitación—, animada por la consigna de brindar ayuda a los demás para que se ayudasen a sí mismos. Algo parecido a lo que en los días del *New Deal* se había hecho por el interior de la nación, a lo que se dio la justificación del dinero destinado a *to prime the bomb*, es decir, poner en la bomba la cantidad de agua inicial e indispensable para mantenerla después en funcionamiento ya con entera autonomía.

Con el establecimiento de la llamada Doctrina Truman, de contención del comunismo, en 1947, con una concesión inicial del Congreso de cuatrocientos millones de dólares para la prestación de ayuda inmediata, militar y económica, a Turquía y Grecia, se inició un movimiento de fortalecimiento y consolidación de posiciones anticomunistas que culminó con la continuada ayuda norteamericana en materiales y consejos, incluso en lo que de hecho fue la dirección de las operaciones en el campo de la acción contra el avance de las unidades guerrilleras en Grecia. Hasta el abandono total de la lucha, en 1950, una decisión a la que hubo de contribuir grandemente, sin duda, la defección del mariscal Tito, que culminó con su expulsión del Cominform en 1948, otro gran acontecimiento en la lucha enconada, a veces sangrienta, contra las tentativas de expansión del poder soviético con la ayuda de los partidos comunistas en varios países. La defección de Tito tuvo un precio muy alto y la decisión de Inglaterra y Francia de participar, aunque en una porción muy pequeña, en esta operación financiera alcanzó una especial significación.

Había motivaciones de muy diversa naturaleza en apoyo de una política de contención del comunismo que empezó a cristalizar con la Doctrina Truman, hizo unos progresos extraordinarios con el Plan Marshall, destinado, según su autor, el general George C. Marshall, entonces secretario de Estado, a luchar contra «el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos» producidos de la segunda guerra mundial y para cuya iniciación aprobó el Congreso en

abril de 1948, la importante suma de 5.400 millones de dólares. Cuando terminó este plan, oficialmente conocido como Programa de Recuperación Europea, en diciembre de 1951, con la anticipación de un año a la fecha prevista, los Estados Unidos habían invertido en esta empresa, tan original como eficiente, unos 11.000 millones de dólares.

Al Plan Marshall siguieron otros programas de ayuda económica, que tuvieron unos comienzos modestos en el llamado Punto Cuatro del presidente Truman y de ayuda para la defensa, encaminada a completar y consolidar en el campo militar la obra de reconstrucción y rehabilitación, cuyo verdadero comienzo ha sido la U. N. R. R. A. Unos y otros fueron puntos de apoyo importantes de la política exterior norteamericana y con frecuencia hicieron posible el apuntalamiento de regímenes y situaciones que acaso pudiese parecer que habían empezado a tambalearse.

En parte, la iniciativa era de los Estados Unidos, en parte de una agresividad rival que se puso ostentosamente en evidencia en Corea y que hizo pensar, años más tarde, en que bien pudiera repetirse en el Oriente Medio. Con la imposición soviética del bloqueo de Berlín, en 1948, podría decirse que empezaba una nueva era en las relaciones internacionales y la terminación de lo que bien podría calificarse como el espíritu de Potsdam, que animó la conferencia celebrada entre el 17 de julio y el 2 de agosto por Truman, Stalin y Attlee (Churchill acababa de ser desplazado como *premier* británico por una derrota electoral de catastrófica magnitud), que de hecho aspiraba a ser la afirmación y continuación del espíritu de Yalta, con un acuerdo tácito cuando no expreso de respeto mutuo de las dos superpotencias salidas de esta guerra sobre la existencia de ciertas zonas de influencia e interés respectivo. Algo que encuentra, sin duda, expresión en la Carta misma de las Naciones Unidas, donde estas superpotencias se sitúan de hecho por encima y al margen de reglas, estatutos y estipulaciones destinadas a gobernar otros comportamientos y conductas.

\* \* \*

Con la presencia de la Organización del Tratado Atlántico Norte, próxima a cumplir los primeros veinte años de su existencia, y la influencia de una personalidad extraordinaria, Jonh Foster Dulles, al frente de la política exterior de los Estados Unidos, la obra inicialmente vacilante e incierta del presidente Truman acabó adquiriendo dirección y propósito con su sucesor.

Y lo que en síntesis podría considerarse también como una agresividad propia que podía encontrar justificación en la necesidad de tomar las medidas necesarias para responder con mortal decisión a cualquier paso en falso que pudiese dar el poder soviético en el sentido de continuar avanzando hacia el oeste de Europa en la forma en que lo había hecho en los años iniciales de la postguerra por Polonia, Hungría, Checoslovaquia y los Balcanes.

A la O. T. A. N. siguieron la C. E. N. T. O.—Organización del Tratado Central—, que empezó siendo el Tratado de Bagdad, y la S. E. A. T. O., para formar una barrera defensiva y en profundidad detrás de la cual se tenía el propósito de mantener rigurosamente confinado el poder soviético. (Y, en el futuro, el poder chino también.)

Con el apoyo de docenas—centenares incluso, de contarse las de un orden secundario—de bases distribuidas por toda la periferia del mundo comunista, desde el Japón hasta la Alemania Occidental, atendidas por muchos miles de soldados norteamericanos armados con el más moderno y poderoso material de guerra, incluidos, a medida que fueron produciéndose, los proyectiles balísticos y los aviones ultrarrápidos destinados al transporte de cargas atómicas. (En los momentos actuales se habla de la existencia, en calidad de depósito de 7.000 cargas atómicas y nucleares norteamericanas en suelo de la Europa occidental, cifra que algunos hacen subir a 16.000.)

Desde los días del despliegue de las legiones romanas a lo largo de toda la Europa civilizada o medio civilizada como garantía de contención de los bárbaros, que empezaban a dar señales de impaciencia un poco más allá, no se había conocido una parecida exhibición permanente de poder y de la decisión aparente de hacer uso de él en caso necesario. (Acaso la más curiosa de las notas explicativas de las consecuencias que de semejante estado de cosas pudiese salir sea la revelación reciente, hecha por su asesinado hermano, de que el presidente John F. Kennedy descubrió en las circunstancias tan especiales de la confrontación nuclear con Nikita S. Jruschev, el jefe de Gobierno soviético, sobre Cuba, en octubre de 1962, que la orden que había dado unos cinco meses antes para la retirada de Turquía de unos proyectiles balísticos que se habían quedado anticuados no había sido cumplida.)

Como complemento o reafirmación de la decisión norteamericana de mantener confinado el poder soviético detrás de sus fronteras, a los diez años de la Doctrina Truman nació la Doctrina Eisenhower, destinada a prestar ayuda económica a los países del Oriente Medio y, en el caso de las naciones que así lo desearan y solicitasen, ayuda militar también para hacer frente

a «la agresión armada abierta de cualquier nación controlada por el comunismo internacional».

La expresión, un poco misteriosa, aludía concretamente a la situación que se estaba dando ya en Siria, a donde había empezado a llegar una importante ayuda militar soviética.

De hecho, la situación en Oriente Medio había sufrido una grave alteración el año anterior, con la decisión del presidente Gamal Abdel Nasser de nacionalizar el Canal de Suez, en acto de réplica y represalia por la increíble decisión de Mr. Dulles de cancelar el acuerdo, con colaboración británica y del Banco Mundial, de concesión de ayuda a Egipto para la construcción de la Gran Presa de Assuán. Por causa de las presiones, que consideraban altamente peligrosa la perspectiva de la ampliación en gran escala del cultivo del algodón en el valle del Nilo, Mr. Dulles dejó abiertas de par en par las puertas a la entrada de la influencia soviética, que ya se dejaba sentir a causa de la venta de grandes cantidades de armamento. Ahora, una de las obras de ingeniería más ambiciosas e importantes del mundo se acometería con la ayuda material y técnica de la U. R. S. S. De lo que apenas podrían salir más que consecuencias debilitadoras para las posiciones norteamericanas de la región. A pesar de la sensación de momentáneo fortalecimiento que pudiese producir el desembarco de soldados norteamericanos en El Líbano, como consecuencia directa de la entrada en vigor de la Doctrina Eisenhower, para cuya aplicación y desarrollo había concedido el Congreso doscientos millones de dólares en 1957. Y de tropas británicas en Jordania, para fortalecer la posición del rey Hussein ante el temor a las consecuencias que pudiese tener su decisión de actuar de una manera resuelta y vigorosa contra un estado de opinión izquierdista salido esencialmente de la presencia de los refugiados árabes de Palestina, que formaban una tercera parte de la población y cuyo norte estaba en El Cairo, desde donde irradiaba en todas las direcciones el nacionalismo socialista árabe del presidente Nasser.

Forma todo esto un capítulo extraordinario, único en realidad en la historia de una nación.

\* \* \*

Ayuda para hacer frente de manera inmediata a las condiciones en que se encontraron países y regiones después de las destrucciones y devastaciones de la guerra; ayuda para la reconstrucción y rehabilitación de la economía

—toda la vida social y política también—de países que sólo unos pocos años antes figuraban en la vanguardia del mundo industrializado y desarrollado; ayuda para la creación de condiciones de estabilidad económica, comercial y financiera; ayuda para la reconstrucción de un aparato militar con miras a dejarlo en condiciones óptimas para hacer una defensa eficaz contra cualquier intento de agresión y de lo que formó parte inicial un vasto programa de construcciones de infraestructura, comunicaciones, instalaciones de radar, primeros ensayos de armonización y uniformidad en materia de armamento y equipo militar, y para todo lo cual entró en juego el sistema llamado de compras *off-shore*, compras militares hechas fuera de los Estados Unidos en realidad y que en muchos casos supusieron una nueva y gran inversión del programa de ayuda al exterior, todo esto y mucho más ayudó a crear y ensanchar un ambiente de trabajo, reconstrucción, creciente prosperidad y, sobre todo, de confianza en el futuro. De vuelta, podría decirse, de la devastación y desesperación de la peor y más ruinoso de las guerras que había conocido la humanidad y en la cual los Estados Unidos habían jugado un papel ciertamente decisivo al inclinar con su participación, con algo más de dos años de retraso sobre la fecha en que había empezado históricamente, el resultado en favor de las potencias aliadas.

Que encontró en seguida el complemento extraordinario de una ayuda sin precedentes, por la variedad y la cantidad, destinada a espantar los espectros de la desesperación, el caos y la descomposición. Entre el 1 de julio de 1946, el punto de partida del primer año fiscal norteamericano en que tuvo los comienzos oficiales una política financiera de paz, los gastos de la ayuda exterior subieron rápidamente y alcanzaron—rebasaron un poco—los 100.000 millones de dólares el 30 de junio de 1965, a la terminación de otro año fiscal.

La primera beneficiaria, en cuanto a la cantidad, de esta política de ayuda (en la que no todo ha sido ayuda, pues una parte, con tendencia a ir subiendo, ha consistido en préstamos, casi siempre a interés muy bajo y fáciles condiciones de amortización) ha sido Francia. Recibió en total 9.600 millones de dólares. Detrás, a cierta distancia, está la Gran Bretaña, con 7.700 millones; y más atrás aún Italia, con más de 5.000 millones, que es un poco más de lo recibido por la China Nacionalista (Taiwan) y la República de Corea. La Alemania Occidental y el Japón ocupan posiciones análogas, con unos 4.000 millones de dólares en cada caso. Bastante por detrás se encuentran Turquía, con más de 3.000 millones, y Yugoslavia con 2.200 millones de dólares.

En este cuadro, un poco fantástico, apenas queda sitio para hablar de

Hispanoamérica, a la que se prometió mucho y se dio muy poco, un total de 4.000 millones dentro de este programa, de lo cual más de la cuarta parte ha ido a parar a un solo país, el Brasil. Las promesas de la Alianza para el Progreso, con un programa inicial de diez años de duración, en el que la ayuda exterior sería de 20.000 millones de dólares, en su mayor parte norteamericana, se quedaron en nada más que una demostración singular—y cruel—del carácter de unas instituciones que han alcanzado un alto grado de desarrollo imperialista, lo suficiente para no encontrar justificación en concesiones y tolerancias, sólo en la continuación y afirmación de una política de explotación económica como la que ha convertido a Hispanoamérica en una dependencia norteamericana para las partidas básicas de su comercio exterior con la lana, v el azúcar, el cobre y el petróleo, los plátanos y el café.

El propio presidente Johnson habló de la necesidad de no quitar con una mano lo que se podía dar—no se daba, de hecho—con la otra, al advertir que sólo con una baja de un centavo por libra en el precio del café quedaba más que neutralizado cualquier programa de asistencia que, por el lado de Hispanoamérica, nunca se distinguió por la generosidad. Ni por el lado de la cantidad ni por el de las condiciones en que se podía ofrecer. Y el precio del café, como de tantas otras cosas, se fijaba y mantenía en los mercados especializados de los Estados Unidos, sin que sobre ellos pudiesen ejercer control, ni siquiera alguna influencia, los países productores y exportadores.

Una de las últimas expresiones de esta política fue la actitud de oposición intransigente de grandes intereses norteamericanos al desarrollo en el Brasil de una industria de transformación del café para exportarlo en condiciones de pasar directamente al consumidor, en vez de en grano, para así dar vida y ganancias fabulosamente altas a la industria de la producción de *instant coffee* (café soluble) creada en los Estados Unidos, donde no se produce café.

Los Estados Unidos no sólo han convertido sus programas de ayuda a Hispanoamérica, por lo general mezquinos, en instrumentos especializados para la defensa de sus propios intereses, ya se tratase del intento de coaccionar al Perú para que no comprase aviones de velocidades supersónicas en Francia o para que adoptase una actitud más «comprensiva» hacia las concesiones de la *International Petroleum Company*, empresa subsidiaria de la *Standard Oil Company* (New Jersey); procedieron sin vacilación a intervenir militarmente—de manera indirecta, aunque admitida y reconocida oficialmente por John Foster Dulles—en Guatemala, cuando el régimen del presidente Jacobo Arbenz tomó la decisión de nacionalizar una parte de las inmensas propiedades

de la *United Fruit Company*, con miras a convertir en realidad un ambicioso programa de reforma agraria. O en Cuba, al amparo de un movimiento de reconquista que tenía como punto esencial de partida a los emigrados cubanos, en la trágica expedición de Bahía de Cochinos. O, finalmente, en la República Dominicana, en la primavera de 1967.

Son todos estos casos de inconfundibles características, medidas adoptadas unilateralmente—al amparo y con el pretexto de la Doctrina Monroe, un documento netamente imperialista que sirvió desde muy temprano a manera de identificación de ciertos rasgos básicos de la política exterior norteamericana—y llevadas a cabo unilateralmente. Aunque sin dejar por ello de buscar, con posterioridad al comienzo, al menos, de los hechos mismos, como sucedió en el caso de la invasión militar norteamericana de la República Dominicana, una especie de sanción y aprobación colectiva a través de una Organización de Estados Americanos—O. E. A.—, ideada y sostenida para el mejor servicio de la llamada política interamericana de los Estados Unidos. El intento de creación de una sección militar completamente autónoma y de una *fuerza interamericana de paz*, es una demostración más de la decisión absoluta de los Estados Unidos de conceder a Hispanoamérica un trato especial. Y no de favor, precisamente.

\* \* \*

En los últimos tiempos—hace algunos años, más bien—estuvo de moda hablar de la «entrada de los Estados Unidos en el mundo» y hasta se escribieron libros sobre el tema (como uno de Fernando García Vela). Se trataba, sin duda, de algo que tenía bien justificado el interés y la atención que se le prestó. Casi inesperadamente, la potencia en que todavía se atesoraban recomendaciones, como la hecha por Thomas Jefferson, no por George Washington según una opinión todavía muy generalizada, en particular en los propios Estados Unidos, al declarar su devoción por «la paz, el comercio y la amistad honrada, con todas las naciones; las *entagling alliances*, con ninguna», se encontró ocupando posiciones de total, absoluta hegemonía en una gran parte del mundo.

Una hegemonía que se tradujo en experiencias tan extraordinarias como la resistencia a que las Naciones Unidas realizasen labor alguna de inspección de las condiciones de vida, que estaban dando mucho que decir en algunas

de las posesiones adquiridas recientemente en el Pacífico, lo que hizo pensar en la conducta seguida por el Japón, al negarse resueltamente a permitir que la antigua Sociedad de Naciones investigase las condiciones en que se desarrollaba la ocupación por parte del Japón, en calidad de potencia mandataria, de las posesiones que habían sido colonias alemanas desde su compra, veinte años antes, a España.

O en decisiones como la de intervenir abiertamente en las elecciones de capataces y delegados sindicales en algunas fábricas italianas. O en muchas otras actividades, como la presión ejercida sobre un grupo de países de la Europa occidental para proceder a la creación de una comunidad integrada económica, militar y, en definitiva, políticamente también y cuyos comienzos prácticos fue la Comunidad Europea del Carbón y el Acero—C. E. C. A.—, a la que Inglaterra se negó resueltamente a pertenecer y para lo cual esperó hasta el último momento que se habría de contar con la ayuda de los Estados Unidos, la potencia con la cual había llegado a mantener lo que se describió como «unas relaciones especiales».

Por razones a la vez militares—como el desarrollo de un vasto potencial industrial capaz de ejercer una influencia decisiva en el caso de guerra—, y económicas—como el interés especial que para las grandes empresas norteamericanas que estaban iniciando una nueva y decisiva fase de expansión por el exterior ofrecía la información de un vasto mercado, con cientos de millones de consumidores en potencia—para los Estados Unidos llegó a ser una necesidad absoluta la creación de una auténtica Comunidad Europea.

El proyecto, para cuya realización se movilizaron influencias y se ejercieron presiones, tuvo un serio tropiezo en 1954, con la decisión de la Asamblea Nacional francesa de no ratificar el tratado—ya negociado y firmado por todos los países miembros y ratificado también por todos, menos Francia—de creación de la C. D. E., la Comunidad Defensiva Europea. De esto salió algo más que una situación de crisis en las relaciones entre los Estados Unidos y Francia, unas relaciones que se veían desfavorablemente afectadas por la notoria inclinación de la política oficial norteamericana hacia el lado de la Alemania Occidental, donde de hecho estaba en marcha un proceso de rápida reconstrucción de su desaparecido poder militar, y por la naturaleza y decisión de las presiones ejercidas sobre Francia, de lo cual pudo dar una idea aquellas declaraciones amenazadoras de Mr. Dulles sobre la necesidad en que podían encontrarse los Estados Unidos de hacer un *agonizing reappraisal* de su política hacia Francia.

En el estado a que habían llegado las relaciones entre los Estados Unidos y Francia, la potencia que puede ser considerada como la iniciadora de una política de disidencia en lo que hasta entonces había sido la aceptación, por la Europa occidental, de las directrices norteamericanas, influyó grandemente el desarrollo de la guerra de Indochina, que llegó a su fin para Francia precisamente en 1954, y donde la intervención de los Estados Unidos, en apoyo más o menos resuelto de la posición de Francia, llegó a crear dificultades, fricciones. Todo concluyó, en cualquier caso de momento, en un acuerdo de armisticio, firmado en Ginebra sin la participación de Mr. Dulles, a pesar del papel muy importante y directo que había jugado durante unas negociaciones para las que él hubiera deseado una culminación muy distinta.

Después de la experiencia de Corea, donde al cabo de tres años de guerra y también de negociaciones de armisticio durante la mayor parte de este período, se desembocó en una situación de tablas, una situación completamente nueva en la historia de los Estados Unidos, el estado de ánimo nacional no era favorable al comienzo de una nueva aventura. Y menos todavía cuando resultaba difícil hacer una demostración rotunda, como fue el caso de Corea, de la necesidad de hacer frente a un acto de agresión contra la mitad de un país sometido por los Estados Unidos a régimen de ocupación desde la terminación de la segunda guerra mundial. En el ambiente militar había ganado mucha fuerza—una gran influencia también—la teoría sobre la necesidad de contener de alguna manera la tendencia, al parecer irresistible, del comunismo a la expansión. La situación por el continente asiático había sufrido un cambio radical desde la total ocupación de la China continental, en 1949, por los hombres de Mao Tse-tung y la posibilidad de una derrota francesa en Indochina prometía dejar abiertas las puertas para el corrimiento de la mancha roja hacia el Sudeste Asiático y, en definitiva, hacia Indonesia por un lado y hacia el Oeste, hasta alcanzar la India, por lo menos, por el otro,

En la opinión norteamericana habían calado profundamente los consejos del general Douglas MacArthur al advertir al país que nunca se dejase caer empantanado en una guerra en tierra firme asiática, con la ayuda de noticias como las que daban cuenta de tanto soldado norteamericano muerto o herido por una causa que no se había explicado bien o que, en cualquier caso, no se había comprendido. Para acabar en la impresión que produjo la promesa del general Eisenhower, candidato a la presidencia en las elecciones de 1952, de «ir a Corea», en el caso de salir victorioso. Lo que se conoció al fin como «la guerra de Truman» encontró solución: una extraña solución indecisa, que

ha servido para mantener desde entonces importantes fuerzas armadas norteamericanas en la Corea del Sur y un estado de tensión a lo largo de la frontera del armisticio que hace pensar—y temer—siempre en la posibilidad de que las operaciones pudieran reanudarse en cualquier momento y por cualquier pretexto. Con la llegada de un general a la presidencia de los Estados Unidos la política de guerra de Truman asumió de pronto un atractivo aire pacifista. La influencia psicológica de este acontecimiento fue enorme y la situación en que se encontró el país inmediatamente después podría considerarse como de franca, abierta oposición a la reanudación de actividades semejantes en cualquier parte de Asia.

Ese estado de opinión fue, sin duda, el factor decisivo que impidió la concesión de una ayuda militar directa—quizá incluso hasta llegar al uso de armas atómicas tácticas—a Francia en Indochina cuando la ayuda de otras clases, como armamento, munición, etc., parecía ser ya del todo insuficiente. Francia, bajo la dirección entonces de Pierre Mendes-France, se negó resueltamente a continuar aquella guerra. De lo que salió una situación nada original, en realidad: la partición de Indochina en dos mitades, con el Vietnam del Norte, de régimen comunista, a un lado, y el Vietnam del Sur, donde se esperaba crear y consolidar un régimen anticomunista, al otro. Bajo la dirección y la intervención directa de lo que era ya el gran brazo secreto de la política exterior norteamericana, la C. I. A.—Agencia Central de Información—, unas veces con el asentimiento del Departamento de Estado y otras no, según aconsejasen unas circunstancias que podían estar dominadas por la coincidencia o la contradicción de influencias que, en definitiva, podían estar resumidas en la actitud o la manera de pensar del propio secretario de Estado.

No había sonado aparentemente la hora de las *massive reprisals* de que había hablado Dulles como advertencia a la China comunista y era, por tanto, forzoso esperar a una nueva oportunidad. Fue necesario esperar a la entrada en la Casa Blanca de John F. Kennedy, en los comienzos de 1961. De él —y de los consejeros que le asesoraban—salió la decisión de enviar al Vietnam del Sur algo más que los consejeros, los técnicos y los instructores, esencialmente hombres al servicio de la C. I. A., que venían llevando a cabo la tarea de organizar el Vietnam del Sur para luchar con eficacia contra la actividad guerrillera comunista, que se puso en evidencia apenas entró en vigor el acuerdo de armisticio.

Lo que con Kennedy prometía ser una acción de dimensiones específicamente limitadas, con la intervención directa de poco más que unas fuerzas

especiales, los «boinas verdes», entrenados especialmente para la lucha antiguerrillera, se convirtió en una intervención en gran escala con su sucesor, Lyndon B. Johnson, el hombre que había prometido la paz en el Vietnam del Sur como argumento principal de su campaña electoral de 1964 y que, en cambio, dio a esa guerra una magnitud y una intensidad hasta entonces desconocida para un teatro de acción de dimensiones relativamente reducidas. Más del medio millón de soldados, cientos de aviones, fuerzas navales de una potencia y movilidad impresionantes acabaron situando a los Estados Unidos no a la vista de una victoria sensacional, que se había tenido por segura, sino de una crisis nacional de increíble amplitud y profundidad.

Una crisis de la que fue primera y gran víctima el propio presidente Johnson, pues la guerra del Vietnam hizo imposible su presentación como candidato a un segundo mandato al frente de la primera y mayor potencia conocida. Porque el hombre que había transformado en guerra la promesa de la paz, ¿en qué condiciones estaba, cuatro años después, para volverse atrás de su propia decisión de ampliar e intensificar la acción militar en el Vietnam cuando de ella habría de salir forzosamente la confirmación de un fracaso, el mayor y más sensacional que se pudo haber registrado en toda la historia de los Estados Unidos?

\* \* \*

La guerra del Vietnam ha tenido ya, y seguirá teniendo, es de suponer, consecuencias delicadas, en ocasiones graves, para la política exterior de los Estados Unidos. No sólo por los 30.000 millones de dólares anuales que ha llegado a costar, en números redondos que no pecan de exageración, que pudieran ser algo así como la paja que quebró el lomo del camello, ya terriblemente cargado con el peso de una política exterior fantásticamente cara, sino por haber servido para conmover hasta el estremecimiento la conciencia de una gran parte de la opinión norteamericana y haber contribuido mucho a la gradual contracción del interés norteamericano por otras partes del mundo. No sólo los Estados Unidos acabaron ejerciendo presión sobre la Gran Bretaña para que no llevase a la realidad la política de repliegue de toda la región «al este de Suez», con lo que empezó a cernirse la amenaza de una posible intervención norteamericana por la región de los Estrechos, en el caso de seguir empeorando la situación por allí, sino que también se vino abajo, con estrépito, el proyecto del desarrollo conjunto de

un sistema de bases y posiciones aeronavales anglonorteamericanas por todo el océano Indico, al sur del Asia Central, al oeste de Oceanía y al este de Africa.

La decisión británica de hacer firme este repliegue para los comienzos de la década que entra—medida que pocos años antes hubiese sido recibida con alegría en los Estados Unidos—ha sido recibida con angustia, cuando no con consternación y alarma en Washington, adonde llegan sin cesar noticias sobre la creciente presencia soviética en aguas del Mediterráneo y del océano Indico, ya muy por detrás del vasto sistema de bases militares con que soñó mantenerse confinado al poder soviético.

Nunca se podría perder de vista por un solo momento la importancia o la significación que ha podido tener la política soviética o lo que se ha podido considerar como la política soviética en el desarrollo, sostenimiento y cambios que ha podido sufrir la política exterior de los Estados Unidos. Lo que en un principio parecía asegurar una posición de hegemonía absoluta, apoyada en caso necesario por el poder atómico, del cual se tenía monopolio total, fue abriendo paso a la duda, primero, a un posible elemento de temor, después—ante las amenazas constantes del recurso a las armas atómicas para la solución de algunos de los graves problemas planteados—y al gradual crecimiento del poder y la agresividad, en cualquier caso política, de la U. R. S. S., por un lado, y a la tendencia, por el otro, a encontrar motivos de descontento con la política exterior norteamericana o con alguno de sus aspectos.

Antes incluso de que la U. R. S. S. se convirtiese en una potencia atómica, en 1949, con mucha anticipación a todo lo que pudo parecer lógico esperar—en lo cual acaso fuese de especial importancia el éxito sensacional del espionaje realizado en beneficio de la U. R. S. S. por el Canadá, los Estados Unidos y la Gran Bretaña—ya la política exterior soviética exhibía una tendencia acusada a crear complicaciones y dificultades a la política exterior norteamericana. Pero lo que no se hizo, en busca de un remedio extremo, cuando se estaba en posesión del monopolio de las armas atómicas, ¿cómo se podría hacer cuando la Unión Soviética estaba, no sólo en camino de convertirse en una potencia atómica, sino en una potencia nuclear y, además, en una potencia armada de proyectiles balísticos para el posible transporte de unas armas consideradas como medios definitivos de destrucción?

La política crecientemente incierta, oscilante, de los días de Eisenhower en la Casa Blanca, recobró de pronto un carácter especial en los días fugaces

de la Administración Kennedy, con lo que parecía ser el propósito decidido de crear para Europa—para las potencias a un lado y otro del Atlántico, en realidad—la política del *Grand Design*, una alianza basada en el principio de la colaboración y apoyada militarmente en la llamada M. L. F.—fuerza multilateral nuclear—, asentada originalmente sobre el fantástico proyecto de la construcción de 25 barcos de superficie armados con proyectiles *polaris*, pero de aspecto inocentemente comercial, algo que las máximas autoridades militares británicas no vacilaron en calificar como un disparate, para desembocar pronto en los comienzos de una política de gradual repliegue otra vez. Aquello podía haber sido algo así como el resplandor tan fugaz como espectacular de un ocaso, quizá tan fatal como inevitable, y para lo cual se contaba, sin duda, con abundancia de antecedentes.

Con lo que ahora se contaba, y nunca se hubiera podido contar hasta entonces, era con la posibilidad de que unas posiciones imperiales que se habían ampliado grandemente y consolidado a partir de la segunda guerra mundial, pudiesen verse amenazadas tan pronto por las consecuencias de lo que empezaba a parecerse mucho al comienzo de un proceso de decadencia.

Que dejaba la impresión de hacer más necesaria que nunca la colaboración o, en cualquier caso, la aproximación a posiciones de comprensión mutua de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Lo que tuvo expresión llamativa—para muchos incomprensible todavía—en la actitud norteamericana, expresada por el propio míster Dulles, el hombre de la promesa de liberación para los «pueblos cautivos» y de la mucha insistencia en forzar a la U. R. S. S. a iniciar una política de *roll back*, de enrollar hacia atrás la alfombra roja, que había extendido por una buena parte del continente europeo, en el debate sobre la invasión de la zona del Canal de Suez, en 1956, por fuerzas británicas y francesas, para coincidir con la amenaza soviética de obligarles a retirarse con la explosión de las armas nucleares en caso necesario; lo que desembocó media docena de años más tarde en la impresionante confrontación de Kennedy y Kruchev sobre la instalación en Cuba de proyectiles balísticos con posible carga nuclear, acabó en lo que bien pudiera parecer la farsa de las Naciones Unidas, al acusar agriamente el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, a la Unión Soviética por la ocupación militar de Checoslovaquia, para reclamar un poco imperiosamente el retorno a la situación anterior.

Cuando Andrei Gromyko, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, que le había escuchado en actitud impasible, se encontró aquel mismo día

con su colega norteamericano en los pasillos de la Asamblea General, no fue para hacerle la menor observación de descontento o reproche. Fue para decirle, sonriente:

—Me gustaría hablar con usted pronto.

La respuesta, dada en actitud asimismo sonriente, fue:

—Bien. Estaré a su disposición.

Los Estados Unidos, a quienes de nuevo se acusaba de abandonar un aspecto tan fundamental—terriblemente costoso—para la supervivencia como el mantenimiento de una gran superioridad en materia de armas nucleares, en relación con la Unión Soviética, aunque todo parecía apuntar a acusaciones hechas con una finalidad exclusivamente política, producían la impresión entre aliados y amigos de tener un interés mucho mayor por el mantenimiento de buenas relaciones con Moscú que por el fortalecimiento y actualización de los lazos de unión con la mayor parte de la Europa occidental. Es más, las esperanzas de paz en el Oriente Medio, en el propio Vietnam, parecían depender ya, acaso exclusivamente, de acuerdo entre Washington y Moscú.

A este aspecto nuevo de las relaciones internacionales dio extraordinario realce la situación de extremada dificultad en que se encontraron, de pronto, las relaciones de los Estados Unidos con muchas capitales aliadas y amigas al buscar, al presionar, a menudo despiadadamente, por conseguir la ratificación del tratado de no proliferación de las armas nucleares, que había sido firmado, al cabo de años de negociaciones, en la primera parte de 1968.

No sólo resultó imposible, al menos de momento, obtener la ratificación de un gran número de países, de la Alemania occidental, del Brasil, de Israel, y así sucesivamente, sino que, a la manera del traidor golpe mortal que se asesta sólo por la espalda, el propio Senado norteamericano, con abrumadora mayoría demócrata, dejó en situación desairada al presidente Johnson al negarse a ratificarlo durante la sesión regular del Congreso de este año un Tratado que ha sido considerado un poco como la piedra angular de la política exterior de los Estados Unidos—y de la Unión Soviética—en la era atómica.

Es un acontecimiento extraordinario que hace volver la atención a los días que siguieron de cerca a la primera guerra mundial, cuando el Senado, bajo la iniciativa y dirección de Henry Cabot Lodge, se negó a ratificar el Tratado de Versalles y el Convenio de creación de la Sociedad de Naciones.

Entonces se podría decir que se encontraban los Estados Unidos dando comienzo a una política de creciente participación y hasta de intervención en los asuntos internacionales, la política de una gran potencia imperial en estado avanzado de formación. En ese caso, ahora se podría hablar de la insinuación, por lo menos, de un ocaso en el que se van dando cosas como la reducción al mínimo, hasta ahora, de las concesiones del Congreso para la ayuda al exterior, con 1.700 millones de dólares, poco más de la mitad de los 2.900 millones que el presidente Johnson había considerado como el mínimo indispensable para el sostenimiento de piezas vitales de una política a la que se empiezan a discutir, y hasta negar, medios de realización tenidos en el pasado reciente como absolutamente necesarios.

Es una situación que pudiera quedar resumida, en cierto modo, con el hincapié reiterado de los dos candidatos principales a la presidencia de la nación en las elecciones de este año. Los Estados Unidos no pueden ya actuar de gendarme en todas y cualesquiera partes del mundo, dijeron tanto Richard Nixon, el triunfante, como Hubert Humphrey, el derrotado. Y sin gendarmes, aquello con que soñó Cordell Hull cuando, en los días de la segunda guerra mundial, era secretario de Estado, al pensar en un proyecto de creación de una gendarmería internacional, posiblemente una fuerza de millón y medio de hombres, llamada a garantizar la paz, el orden y la estabilidad en un mundo en el que se temía se produjesen muy graves dislocaciones, ¿tiene sentido hoy hablar de posiciones imperiales?

JAIME MENENDEZ.